



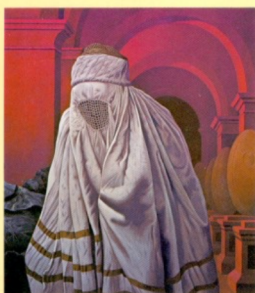
COMIENZA A LEER...

GESUALDO BUFALINO

GESUALDO
BUFALINO

*Perorata
del apestado*

PREMIO CAMPILLO



Panorama de narrativas
Editorial Anagrama

DICERIA: Discurso casi siempre no breve, dicho de viva voz; luego también escrito e impreso...

De cualquier extenso parlamento, bien con excesivo artificio, bien con demasiado poco arte...

Un excesivo discurrir en torno a persona o cosa...

TOMMASEO-BELLINI

UNTORE: Distribuidor y fabricante de los untos pestíferos, esparcidos por esta ciudad, para extinción del pueblo...

(Actas del proceso, 1630)

I. SUEÑO, JUEGO Y TEATRO

O cuando todas las noches –por pereza, por avaricia– volvía a soñar el mismo sueño: un camino color ceniza, llano, que corre a andadura de río entre dos muros más altos que la estatura de un hombre; luego se quiebra, se precipita en el vacío. Al asomarse a este punto desde una balaustrada de piedra volcánica, no desprende rumor o claridad alguno, pero me sorprende una frescura de pozo, y con ella el éxtasis de que sólo un irrisorio peaje acabe por separarme... ¿de qué? No me cansaba de preguntármelo, sin que bastara, no obstante, la impaciencia para despertarme; por el contrario, en un estado de desdoblada vitalidad, cada vez más arrebuñado dentro de las maternas mucosas de las sábanas, y no por ello menos suelto y elástico, comenzaba a introducirme de gruta en gruta, teniendo por único asidero unos matorrales de hierbajos y algunas rocas resquebrajadizas, hasta el fondo del embudo, donde, entre paredes de cantera, crecían confusamente unos árboles (de los árboles sólo alcanzaba a soñar los nombres, y he tardado en aprender a incorporar las formas a los nombres).

Al pie del talud, frente a la senda que arrancaba de él, y parecía con su claro surco compensarme tanto del cobijo que había dejado a mis espaldas como del nuevo horror del aire, titubeaba un instante, en espera de que se sosegara en mi garganta la zozobra de la aventura, y los ojos conquistaran alguna familiaridad con las visiones del bajo bosque y su infantil movilidad. Amainado el viento, cuya mano en diferentes ocasiones, como la mano de un cómplice, me había retenido o empujado en el descenso, el silencio era absoluto; mis pasos, los pasos de una sombra. Sólo bastaba avanzar un poco, y he aquí, en el lugar de siempre, sentados, como en el purgatorio, uno detrás de otro, unos hombres vestidos con impermeables blancos, que intercambiaban entre sí girones de sonidos, una papilla de sílabas balbucientes rumiadas eternamente por mandíbulas seniles. Me acercaba a ellos con una turbación que la costumbre no conseguía aliviar. Alzaban tristemente la frente, todos a un tiempo insinuaban una prohibición, me gritaban con órbitas apagadas: vete de aquí. No lograba obedecer, sino que de rodillas, a unos metros de distancia, retorciéndome los dedos detrás de la

espalda, esperaba a que uno se moviera, el más demacrado, el más anciano, un culebreo de arrugas entre las dos puntas de la solapa, y simplemente inclinándose a recoger una piedra, revelara detrás de sí, en la entrada de un subsuelo hasta entonces invisible, concha de apuntador o hendidura flégreas, la exhumada y fugaz nuca de ella, Eurídice, Sesta Arduini, o como diablos se llamara. «Detente», gritaba yo, «madre mía, muchacha, paloma», mientras percibía cómo la tosca yema del dedo del sueño que me sellaba los párpados se deshinchaba bruscamente, se disipaba en burbujas de espuma, en viscoso colirio de luz. Sólo en ese instante, al abrir de nuevo los ojos, entendía que una vez más había jugado a morir, una vez más había olvidado, o confundido adrede, la contraseña que me convenía.

Se había convertido realmente en un juego querer o desquerer la muerte, en aquel verano del cuarenta y seis, en la habitación siete bis de la Rocca, adonde había llegado desde muy lejos, con un lóbulo del pulmón dañado por el hambre y por el frío, después de haber arrastrado conmigo, de estación en estación, con los dedos entumecidos en torno al metal del asa, una maleta de soldado, minúsculo ataúd de abeto para mis veinte años desjarretados. No poseía otro equipaje, ni contenía gran cosa dentro: un puñado de recuerdos secos, un revólver descargado entre un par de libros, y las cartas de una mujer que ahora estaba siendo devorada por la cal, entre Bismantova y el Cusna, bajo una mata de flores que había oído llamar aquileñas. A mí me estaban prometidas unas guirnaldas menos frías, apenas el permiso hubiera vencido y me hubiera cansado de reunir a la defensiva, como una formación de veteranos, los sentimientos supervivientes que me mantenían en vida. Ahora ya no faltaba mucho: había desaparecido la incredulidad y la vergüenza de los primeros momentos, cuando cualquier fibra sigue todavía convencida de que es inmortal y se niega a olvidarlo. Pero sobrevivía el rencor, aunque fuera bajo la especie de una locuaz piedad por mí mismo. Un rey forastero había venido a habitar bajo mis costillas, un innombrable minotauro, al que ofrendaba día tras día el tributo de una libra de mi vida. Era inútil que el corazón, que posee, no menos que la vista, un precioso poder de acomodación, se empeñara en repetirme que era yo quien había elegido aquel mal, para limpiar soberbiamente con mi sangre la sangre que ensuciaba las cosas, y curar, inmolándome en lugar de todos, el desorden

del mundo. No servía. Nunca sirve, con el mero fin de consolarse de él, ennoblecer un destino que es forzoso padecer. Y por consiguiente, aunque yo me vanagloriara gustosamente de mi cristiana asunción de la culpa en unos versos escritos sobre un cuaderno de papel barato, no cesaba, en un recoveco de la mente, de estimarme un rehén provisional en manos del sanedrín, espiaba a hurtadillas los recursos de huida, alzaba los brazos sólo para fingir. Pronto acudirían a alancearme, bajo el patíbulo, unos sudorosos soldados, porque así debían hacerlo. Pero era hermoso, mientras tanto, aceptar la evidencia del día, el mandamiento de vivir que entonaban a porfía cada mañana las charangas de los cien mil gallos de la Conca d'Oro. Cualquier demora, por otra parte, servía para hacer cada vez más cavilosa y tierna la intimidación con el fin próximo, hasta el punto de asemejarla un poco a una esgrima amorosa: las mismas añagazas y negativas y astucias en la mirada y las mismas flaquezas de doncella, antes de la definitiva capitulación en la oscuridad. Así que no había día o noche, en la Rocca, en que la muerte no me exhalara encima su versátil y ubicua presencia; que yo no vislumbrara, en una rendija de luz o en una nubecilla de polvo, sus maquilladas facciones, ora de ángel ora de esbirro. Ella era el reloj de sol que dibujaba sobre el techo de mis insomnios las pantomimas del deseo; ella, el cepo que mordía mis talones; el mar de hojas que el sol transmuta en hormigueo de monedas de oro; ella, el cráter de obús, el *in pace*, las cuatro paredes del vientre donde nadie me busca.

En una condición tan teatral, en vilo entre la jactancia y el espanto, pasé una semana tras otra, sin aprender casi ni un lugar ni una persona, viendo sólo una cara, siempre la misma, frente a mí: como quien avanza por un pasillo, y tiene detrás una luz, y al fondo un espejo. De haber conseguido resistir así hasta el final, habría evitado combatir, además de con la mía, con la condenación y salvación de todos los demás: ¡del doctor, del fraile, de la muchacha!

II. LAS TARDES, LAS NOCHES

Mariano Grifeo Cardona di Canicarao: así, sin economizar una sílaba, solía firmar el doctor, prolongando el primero en el siguiente apellido, menos, tal vez, por derecho de nacimiento que por fidelidad a aquel prejuicio mediterráneo (o por lo menos suyo y mío) según el cual la interjección y la plétora añaden a las palabras –y a los climas, a las mímicas, a los manjares– no sólo opulencia sino también crédito, como en una vestimenta mágica, en la que máscaras y plumas, cuanto más redundantes, de mejor manera se exaltan y fortalecen recíprocamente.

Ninguno de tantos títulos le servía luego, gracias a una picardía de las cosas, de nada, pues, según recordaban los más antiguos, siempre había sido llamado el Gran Flaco, y no había camillero o monja o enfermo que, descubriendo sus larguísimas piernas acercarse por la galería, no sintiera la necesidad de divulgar el acontecimiento con un murmullo, el Gran Flaco, el Gran Flaco, cuya música siempre idéntica debía sin duda, al cabo de tantos años, de haber llegado al menos una vez al pabellón peludo de su oreja. Que después un blasón nobiliario –un nido de abejas, con el vocablo *Uberius* en el centro– ondease en la cima de su tarjeta de visita, ninguno de nosotros dejó nunca de considerarlo un abuso, pese a los avales que se apresuraba a ofrecerle la encina pintada, con unas raíces como murenas, colgada en lo alto detrás de su escritorio. ¡Singular planta, a decir verdad! No protegida por un cristal, sino por yuxtapuestas placas de archivo, cautelosamente limpiadas con agua tibia de las máculas y achaques de algún ignoto difunto; y se alzaba del suelo con tanta energía y abundancia de ramaje como para hacer presagiar que no tardaría en escaparse del fracturado marco para expandir libremente sus ornamentos por el aire. Uno de ellos, en efecto, en el caso de que lo diéramos por bueno, atestiguaba desde la punta de una rama que al menos una gota de azul, exprimida por amarquesados ijares hispánicos, había llegado hasta ella a lo largo de los siglos, para depositarle en las venas un relampagueo de antigua prosapia, si bien ahora melancólica y torva, como le corresponde a un hombre de letras.

Bien, el falso o auténtico gentilhomme Gran Flaco era el único entre los

médicos de la Rocca, a excepción de algún otro a quien correspondía el turno de guardia, que se quedaba a dormir cada noche con nosotros (de la mujer se había separado años antes: una siracusana de extraordinaria belleza, sobre cuya foto escupía, decían, todas las mañanas antes de lavarse). Con frecuencia, después de la cena, cuando nos hubimos hecho amigos, me lo veía aparecer a la cabecera de la cama, sin bata, de pie, cerradas sobre el pomo del bastón las dos manos de pérvida exigüidad. Yo levantaba los ojos, escrutaba de pies a cabeza su imagen, desde las gruesas lentes verdosas hasta los borceguíes de cabritilla negra que casi le cubrían los tobillos. Un auténtico y verdadero daguerrotipo de época: Herr Virchow entre colegas y estudiantes en el jubileo de la primera clase; Monsieur Charcot posando, en la puerta de la Salpêtrière, con las patillas despeinadas por el viento...

Aún ahora me pregunto qué buscaba en mi compañía, si necesitaba únicamente un auditor aquiescente para sus irreverencias de cada noche, o bien si obedecía a la curiosidad profesional de censar de cerca los progresos del mal dentro de mí, las grietas neonatas, las fortificaciones perdidas, recuperadas, vueltas a perder; y todo ello no sobre una de aquellas húmedas películas que detestaba, sino a través de espionajes más sutiles: una vehemencia en la tos que antes no estaba; una nota que la voz había repentinamente fallado o salvado fatigosamente a punto de fallar; una uña quebrada, una roséola en el labio, un relámpago de fiebre en el iris. A menos que no viniera para beber, beber le gustaba, estimulaba su locuacidad. Así que yo me alzaba de la cama, sacaba del armario de hierro una botella de oporto y mi copa privada (él, para evitar contagios, su vaso de bolsillo de uno de los del batín, mirándome de reojo y excusándose de la precaución con un descarado mohín de los labios). Salíamos a beber a la galería, yo espíritu, él condotiero y capitán de los diablos, entre tumbonas oscurecidas por cuerpos tendidos y susurrantes, frente al pinar que ya no murmuraba, casi, y ocultaba, allá abajo, el filo del mar.

Qué días, qué veladas. Tal vez los únicos días ricos de una existencia que, después, no ha tenido otras hipérboles, y se ha hecho inesperadamente interminable. Mientras que entonces, a fuerza de contar y recontar mis escasos años como piezas de mecano o peones capturados dispuestos a los lados de un tablero, me había acostumbrado a no ver en el tiempo venidero más que el inminentísimo *explicit* de una partida ya perdida dentro de la

mente; no un poema de caballerías que ocultara hasta la penúltima página maravillas y salvamientos, sino un soneto veloz al que sólo faltaba un verso, el sello de una rima que no estaba permitido alterar.

—Es un jaque mate de manual —explicaba a mi compañero, resignadamente—. Ya está anunciado en tres jugadas y con sacrificio de la reina, a imitación de la Inmortal de Anderssen, Torneo de Londres de hace casi cien años. Sólo que me gustaría saber, antes de inclinarme y sacarme el sombrero, el nombre del vencedor.

Me divertía provocarlo de este modo, y tampoco tenía nada mejor que hacer, considerando cuán escasas eran las ocasiones de distracción en aquellas jornadas inertes, y con cuánta facilidad se podía arrancarle un apóstrofe de los suyos, dirigido con voz de fumador a su querido y sempiterno interlocutor y enemigo, el orfebre del mundo, Dios Padre o quien se haga pasar por Él. Gustaba, en efecto, al Gran Flaco, anciano como era y de lunático trato, desentenderse un poco, en las horas de ocio, de fisgonear las ancas de las fregonas interinas arrodilladas en el suelo, o desde la terraza, con el catalejo de la marina, las embarcaciones que doblaban Monte Pellegrino, para desahogarse y atacar el busilis de las cosas como un crucigrama dominical, de acuerdo con los modales de una cólera jocosa que no carecía de atractivo y a la que yo no sabía rehusar la sonrisa.

—Existe —gritaba—, existe: ¡no hay culpa sin culpable!

O bien:

—¡Qué cenizo, qué sacamuelas; qué inutilidad de aprendiz de mago! ¡Mira! —Y me tiraba de la manga, me mostraba con un gesto circular el universo—. ¡Mira qué mierda! ¡Pasa de largo! —exclamaba finalmente, como si tuviera delante, en forma de hidra o de cancerbero, al Altísimo, y quisiera escapar de Él asustándolo.

Pero a mí, oírle imprecicar y dolerse de esta manera, como un inquilino furioso, y atribuir a motivos de desidia del personal cualquiera de mis filosóficos atolladeros y aquella congoja del corazón que ya no me abandonaba desde que había llegado a la Rocca, no digo que me procurase medicina, pero sí distracción, tal vez también del desgaste físico, de la invisible polilla que me carcomía en silencio, debajo de la tetilla derecha, en un punto que ahora me sabía de memoria.

—¿Conoces —replicaba yo (era él quien pretendía que le tuteara, aunque nos separaran más de treinta años)— la historia del ajedrecista que no pierde

jamás y que está oculto en una máquina? Pues bien, a veces me parece que alguien juega conmigo de la misma manera, con ojos que centellean detrás de un morrion de hierro.

—Le adulas —respondía, envalentonado por el alcohol—. Es posible que nosotros, me refiero a la Tierra, Casiopea, Alpha Tauri, aquella estrella fugaz, todos los demás cuerpos y astros que ves y no ves, todos nosotros, zodíacos y naturalezas, seamos sólo millones de cálculos en el riñón de un corpulento animal, su cólico interminable, los cuajos pétreos de su dificultosa y desmesurada planta depuradora y así flotamos, en el éter y orín que se le encharca por todos los meatos y le hace ulular gloriosamente de dolor en el silencio de los espacios eternos. Esto es lo que llaman la armonía de las esferas. Pero si se trata de desplazar un pedazo, él, Dios Licántropo, no sabría cómo diablos hacerlo. Es sólo una bestia que quiere desembarazarse de nosotros, y cocea y se enfurece sin ningún criterio. Necesita un remedio, un empujón o un eructo, de manos de otro, un Ur-Gott, un arquiatra más antiguo y vasto que él, que nos reduzca a granitos de polvo, y lo libere, al fin. Pero tu muerte se produce al margen de tal proyecto, si es que existe un proyecto que lo concierne...

—En el instituto ya había pensado algo parecido —me gustaba irritarlo, ahora que estaba en ello—. Una cadena de eones y de padreternos cada vez mayores, uno dentro de otro, como cajas de China. Pero, precisamente, el universo como *chinoiserie* es una idea de bachilleres. Ni Cristo...

No me dejaba terminar.

—¿Quién, Perilla de Chivo? ¡Pero si sólo es una coartada, un testafarro! Hace falta un cura como tú para caer en la trampa. Sí, un cura.

Ignoraba mis muecas, mis protestas.

—Y un jugador que busca excusas. No, no es un duelo, sino un solitario lo que estás perdiendo, y no hay ningún yelmo que arrancar de ningún rostro de guerrero o guerrera.

—*Indarno chiedi / quel che ho per uso di non far palese* —declamaba yo entonces, escarneciendo su manía por las citas—. Como Clorinda a Tancredi, Monteverdi *sonum dedit*.

Pero él no me prestaba atención.

—No, fístulas somos, fístulas sobre el morro de Dios, excrementos de un topo tan grande como todas las cosas, excrecencias, pústulas, escrófulas, alferecías que acaban en oma, glaucomas, fibromas, blastomas...

Soltaba la risa y blandía como una moza la mano salpicada de yodo contra la Vía Láctea, de la misma manera como se amenaza a un niño; luego, cuando ya no me lo esperaba, callaba. Accesos como éste, donde había tanta ansiedad como bufonería, le duraban poco, a decir verdad, y debían de avergonzarle, si, inmediatamente después, con un seco saludo heidelberguiano (*servus*), me abandonaba, apoyado en la balaustrada, con la espalda vuelta al silencio y a los innumerables oídos de la noche.

Lo miraba mientras cruzada la galería, sorteando con destreza de saltimbanqui pies y brazos relajados, y taburetes, tumbonas, cojines. Me recordaba un grabado que había encontrado de niño en la buhardilla, *Napoleón entre los apestados de Jafa*, y gritaba a sus espaldas, aunque ya no pudiera oírme, algún improprio cuartelero, sin más, por acabar riendo. Él sí llegaba a tiempo de recoger, antes de desaparecer en su laboratorio, entre matraces y caldos de bacilos en cultivo, la llamada de alguien al paso, o bien un parte sin esperanza: «Ha desembarcado Garibaldi, doctor.» Que era, en la jerga del lugar, la más frecuente, aunque no la más descarada, de las metáforas de la hemoptisis (tengo otras anotadas: *bandera roja*, *el trasiego del vino*, *la menstruación*; y recuerdo también algunas de las posteriores manipulaciones de palabras que vivir juntos nos sugería: *el hombre de las cavernas* designaba al radiólogo Vasquez, experto en trazar con lápiz el contorno de las mismas sobre los tórax impresos en la ficha clínica de cada uno de nosotros, a los pies de la cama; *el lili* era un viejo dicho de reclutas, trasladado ahora a significar finales menos agradables que el de la mili).

Mientras tanto la Rocca se iba apagando, un rectángulo tras otro; ya habían oscurecido las ventanas del pabellón femenino, después del grito ceremonial de sor Benedetta, mientras nosotros, por pura desobediencia, volvíamos a iluminarlas a los cinco minutos. Al fin, el sanatorio se sumía en las tinieblas como en una mortaja de paz; vieja tartana marítima desguazada sobre el lomo del monte, oscilaba lenta, en un sueño roto por los roncós estallidos que de una sala a otra, de una cama a otra, se respondían fraternalmente: ladridos de perros amistados por el miedo del campo; marcha fúnebre de pueblo con las trompetas del juicio obstruidas por una flema gigantesca.

Dormía, la vieja tartana, y parecía un arca sobre una cima, al final de una inundación; un arca varada, abandonada por los vivos, con el esternón

corroído por la sal y maltratado por el viento, poblada sólo por los ratones, como la cineclubista nave de Nosferatu. Desde un gramófono, quién sabe dónde, un disco de pasadas vacaciones repetía palabras que durante no más de un segundo conseguían encogerme el corazón:

*Les vieux billets, chérie, qui me rappellent
les nuits à bord du Normandie si belles...*

Otras noches las mías, otro *Normandie* el mío, con sus ojos de buey negros como pupilas cosidas, con su carga de ratas de Jafa, almacenada en las bodegas, venido a embarrancarse sobre el collado de la Rocca.

*Le parc au soir lorsque la cloche sonne,
le vieux boudoir où ne vient plus personne...*

tarareaba al desnudarme, antes de acurrucarme en mi muda de moribundo, para soñar un camino color ceniza, una cantera abandonada, donde entre hierbas y piedras crecían confusamente unos árboles. Oh, sí, fueron días infelices, los más felices de mi vida.

III. LOS MUCHACHOS DE LA MUCHA MUERTE

Pero ¿quién podrá olvidarse de los compañeros de cárcel, del fuego que les empujaba a bajar al jardín, en las primeras horas del alba, con el pijama puesto, para acabar llorando en solitario, con la mejilla apretada contra el respaldo de un banco? ¿Quién podrá apartar de la mente sus caras mal rasuradas, mientras las atrapa y desorienta el fulminante dorador del mundo, más allá del muro exterior?

Bastaba en ocasiones, en la duermevela, un pitido de tren endulzado por la distancia, o bien el chirrido de los carros de azufre alineados en la colina, y saltábamos con el corazón en tumulto, sentados en la cama, para espiar las envidiadas informaciones y leyendas de aquella estrella infiel en que se había convertido la tierra. ¿Qué puede contar un tren, un carro que avanza, entre paradas y lunas sobre la era, a lo largo de perfumes de naranjos y de pueblos, en una noche de verano? Nada, pero yo sé, sin embargo, de ojos desorbitados en la oscuridad que no tenían más vacación que la de sorprender, a partir de aquellas ruedas, algún rastro de vida durante el camino: un viejo que toma el fresco, dos cabezas que se hablan bajo la lámpara de la cena...

Regresábamos del inmóvil viaje más contentos, más tristes, es difícil decirlo, y, sin embargo, no desilusionados por nuestro botín de nubes, el único que la suerte carecía de la facultad de prohibirnos. De igual manera el peregrino, al que le acaece pasar bajo una ventana extranjera, suspende el paso apenas le llegan, en una pausa del canto, roncerías y amorosos susurros de mujer; y se aleja reconfortado, estrechando en el puño aquel bien, aquel pan robado, con el que alimentarse más adelante.

Y eso era hermoso: irse así de juerga con pasos de aire por montañas y llanuras, polizones sin billete, contrabandistas de la vida. Al menos hasta que la babilonia de la luz no hubiera regresado a proclamar sobre los tejados, para quien lo estaba olvidando, que otro día nos esperaba a la vuelta de la esquina, con su ración indefectible de escarnio y de dolor. Y sería un día a restar, uno de los pocos que nos quedaban.

Lo mismo, de manera más gris, expresaban los rumores del despertar,

toda una pragmática sin derogaciones que, forzando el espesor del sueño, tornaba a celebrarse cada veinticuatro horas junto a nuestra almohada: era el deslizamiento vertical de la barra en el anillo de la puerta principal; era el frenazo del camión de la leche en las guijas de la avenida; el tropezón del carrito de las jeringuillas contra el antiguo saliente del rústico pavimento, frente a la enfermería... Y cada uno de estos avisos, de lo esperado que era, parecía señalar los tiempos de un desahucio sin apelación posible y reafirmar el estigma por culpa del cual nos hallábamos en el exilio. Éramos una banda de proscritos, e incapaces de amarnos entre nosotros, o al menos así creíamos, aunque el que se ha salvado comprendiera años después que era verdad lo contrario, y que ya era amor la pasión con que nos enterábamos de la muerte de los demás como si fuera la propia. ¿Cómo olvidarse, pues, de los compañeros de entonces, si en cada uno de ellos me reconozco y me llamo, si es mío cada pecho dentro del cual un espectro en forma de hoja se oscurece solemnemente? Me basta con volver a murmurar los nombres en forma de letanía, de De Felice a Sciumè, y uno tras otro retornan a fumar a escondidas en mi habitación, a abrir al azar, para consultarlo como si fuera un mazo de arcanos del tarot, el Montale sobre la mesilla de noche. Luigi el Pensativo inventa, examinando en el fondo de una escupidera de papel los resultados de su tos, un proverbio que me impresiona: «Rojo de noche, buen tiempo nos acoge»; el otro Luigi, el Alegre, se encarama a una silla para ensalzar, con grandes manotazos en el aire, las últimas panaceas de América que nos salvarán in extremis:

—Llegan los nuestros —dice riendo, imitando con los labios el tatatá de la metralla—, ¡y adiós, pobres cocos!

Así llama a los bacilos de Koch, familiarmente, como un militar de carrera que se encariña con los enemigos de la trinchera de enfrente y con sus pasatiempos y requetesabidas estrategias guerreras.

—Se acumulan en el vértice —dice— pero sólo es una maniobra de diversión; apuntan al lóbulo inferior. Tú deja que llegue la penicilina...

El coronel mantiene las distancias (nuestra ala, de muchas habitaciones iguales, se compone exclusivamente de antiguos soldados y repatriados, y él sigue sintiéndose el comandante de la guarnición, aunque la guerra haya terminado hace un año y nuestro uniforme actual sea el pijama); espera que nos levantemos cuando hace su entrada en la galería, acartonado, ceniciento, con un pañuelo de seda atado a la nuez, y la manga vacía

colgando a lo largo del costado derecho; pronuncia escasas palabras, rotas prontamente por un acceso de tos:

–Disculpen, señores oficiales –dice, y se va.

Hablaré también del niño Adelmo, nuestro juguete, hijo y mascota, que bajaba del piso superior para pedirnos cuentos y golosinas, en su dialecto difícil, asomando fuera del puño de una camisa demasiado grande una mano de una blancura de yeso. Vuelvo a verlo por los senderos, mientras se esfuerza, alargando el paso, en acompañar nuestro ritmo; y desfallece a la mitad de una fábula. Y vuelvo a pensar en cómo se sorprende y ríe, cuando me oye improvisarle, respecto a las estrellas por las que me pregunta, respuestas con números al azar y nombres de trabalenguas, Erebo, Eros, Erinia, solos nosotros dos en la terraza de la Rocca, como sobre una peña lamida por los oleajes de la existencia. Pasaban a la carrera las Osas sobre nuestras cabezas, abanderadas de oscuros desastres. Él buscaba, con la ayuda de mi dedo, una dorada estrella fugaz allá en lo alto, para que le condujera a salvo del mal hasta su casa de Filicudi, el arrecife donde había nacido.

Sólo en el último momento lo desilusioné. Él creía, por habérselo oído a su padre una noche de pesca, que la quinina curaba cualquier daño, y antes de morir, en voz baja, no cesaba de pedirla, hasta que para contentarlo le dimos una pastilla cualquiera. Se dio cuenta, no quiso seguir hablando, se limitó a arrojarme, antes de volverse hacia el otro lado, una mirada de débil rencor...

Angelo afirmaba que la muerte es un biombo de humo entre los vivos y los otros. Basta introducir en él las manos para pasar al otro lado y encontrar los solidarios dedos de quien nos ama. Siempre que se dejen pistas, huellas, menudencias que conserven nuestro olor. Fue tal vez esta idea la que le impulsó a confiar a una monja un fajo de cartas con fechas ficticias, para enviar una dos veces por año. En ellas contaba la futura novela de sí mismo, se jactaba de paternidades, empleos, éxitos; anunciaba banales indisposiciones que en el episodio posterior aparecían ya curadas y remotas. Su madre –nos explicaba– viviría así más tiempo, esperando en cada fecha el mensaje postizo en el que se prolongaba indefinidamente el eco de la querida voz desaparecida. Sería para ella como tener un hijo en ultramar, en São Paulo, en Little Italy. Ella murió inmediatamente después que él, sin embargo, y sor Tarsicia, si no ha llegado a saberlo, sigue

enviando sin duda estas ofrendas fúnebres de un muerto a una muerta, que ningún cartero podrá jamás devolver al remitente (pero entre nosotros, vivos que nos escribimos, ¿acaso sirven de más las palabras? ¿Y es seguro, por otra parte, que sea sonido la vida y silencio la muerte, y no en cambio lo contrario?).

Sebastiano se mató sin dejar una línea, arrojándose por el hueco de la escalera, y me había dicho inexplicablemente una mañana, con una risa sin luz:

—Cuando me roban todo, quiero sin embargo regalar algo.

Es la suya, en mi álbum de cruces, la que todavía sigue doliendo. Mientras que me provoca un acceso de cruel buen humor, aunque haya pasado tanto tiempo, la paradoja del subteniente Giovanni, un perito agrícola de Cefalú. Había estado en la Rocca, de muchacho, y se había ido casi inmediatamente, sano, o eso parecía. Hasta el punto de que le habían aceptado en el ejército, y había pasado tres años en Cirenaica, con todas las idas y venidas. Ahora formaba parte de nuevo del destacamento de la Rocca, rebosante de salud a primera vista, pero con unas excavaciones caseosas en el pecho, la vieja cicatriz todavía rezumando, como cuando un esqueje se obstina en volver a florecer sobre un tronco que ya parecía muerto. Él, sin embargo —el mal tiene estas malicias—, engordaba cada día más, a fuerza de albúminas y de yemas batidas con marsala, persuadiéndose de este modo, no sin vanidad, de que estaba a salvo. Sigo viéndole el sábado por la mañana, cuando le llegaba el turno de someterse al control de la balanza, dirigir a su alrededor miradas burlonas y avispadas, antes de posar los pies sobre la plataforma como sobre el mojón limítrofe de una finca heredada. Oyendo después pregonar el peso al enfermero, y era cada vez mayor, no llegaba a sonreír pero con manos agradecidas esbozaba un gesto acariciador a lo largo de las caderas de novia. Desconocedor de que alguien, en su arcano régimen, le había distinguido sobre todos los demás, y que sería el primero en morir.

Otro recuerdo es el de un viejo del dispensario, de hermosos ojos, azul celeste, que se cura él mismo la frente, reflejándose en el cristal de una ventana, después de haber sido golpeado por un compañero, sin motivo, por mera excitación.

Y Marta... Marta ha contado más que nadie, hablaré de ella más adelante, cuando ya no pueda dejar de hacerlo.

Así, quien desde poco tiempo y quien desde poquísimo, vivíamos en la Rocca, junto a otros que no menciono, yo que os hablo, y el coronel, Sebastiano, Luigi, Luigi, Giovanni, Angelo: desechos de la historia, restos humanos. Todos antiguos soldados, por oficio o a la fuerza; ahora igualmente heridos y con un pronóstico idéntico; custodiados, a nuestro alrededor, por una valla metálica, nosotros y ya nadie más en Europa, ahora. Y habíamos llegado aquí en tropel, bajo andrajosas capas de héroes, desde mil lugares diferentes. Nos habíamos doblegado una vez más con disciplina a los eternos protocolos y controles delante de un cuerpo de guardia. Jadeando por escaleras interminables, contando cada descansillo con una respiración cada vez menos capaz, nos habíamos instalado en la última explanada que se nos ofrecía, y entregado aquí a manos asépticas y eficientes nuestro montoncito de huesos, en los que la febrícula cotidiana introducía al principio una especie de tenue calor, pero más tarde –igual ocurre cuando se bebe– una exuberancia de palabras, un gusto en cantarse y compadecerse, del cual yo soy el primero (como os daréis cuenta) en no haber sabido curar jamás...

Que detrás de sus caballos de Frisia, cubiertos de espinas como Cristos en la cruz, había acogido moribundos diferentes de los habituales, es algo que el Flaco entendió enseguida.

–La vuestra es una generación incomparable –decía, con cierta prosopopeya en la entonación, como si fuera mérito suyo–. Nunca, desde que estoy en la Rocca, había visto tantos libros en danza y tantos rostros severos adornados con gafas. Es la cosecha de la guerra. Tiempo atrás sólo caían aquí los pordioseros de la Kalsa. Ahora hasta los señoritos enferman, con su pecho lampiño, el agua de colonia, las ironías en italiano.

El Gran Flaco juzgaba a los enfermos por años, como un entendido en vinos o un maestro jubilado. Ellos lo secundaban, resistiendo rara vez a la Rocca por más de cuatro estaciones. La duración media era ésta, de un octubre al siguiente, el tiempo de integrarse y aprender un lenguaje, unos hábitos, un decálogo que valiera para todos. Cada cual, finalmente, aspirando casi a la nobleza de una carrera de antorchas, confiaba a un sucesor, apenas se sentía próximo a caer, su pobre testigo: una reliquia, un truco, un apodo. Así desde hace veinte años el Gran Flaco seguía siendo llamado el Gran Flaco, después de que quienes habían muerto a lo largo de los veinte se lo enseñaran a otro antes de morir.

Pero yo –hasta tal punto me acobardaban estos intercambios de consignas y la espera sumisa del golpe– no sé cuántas veces al día me sentía tentado de escapar de ello con una inconveniencia o una bravata. Ciertamente, de haber estado seguro de no ir dejando a cada paso, tras mis espaldas, mis viscosidades y poluciones de apestado, no habría seguido incubando la fiebre en el jergón, como una chinche, sino que habría descendido a consumirme entre la gente, apresuradamente, era demasiado cobarde para morir a plazos. Esto en los primeros meses, luego acabé por acostumbrarme a la existencia recortada de los demás, y ya no quise desertar de su compañía. Con ellos he repartido, a la sombra de la misma bandera, cualquier limosna del momento, todos los engaños y los desengaños de sus carreras, aunque no el final repentino que las concluyó. Pero si, entre tantos, sólo yo, sea esto un premio o un castigo, he salido adelante y todavía respiro, mayor es el remordimiento que el alivio, por haber traicionado a espaldas suyas el silencioso pacto de no sobrevivirnos.

IV. FUGAS DETRÁS DE UNA PUERTA CERRADA

Entre la Rocca y la ciudad había pocos kilómetros, no sé cuántos, no era fácil contarlos, mientras se bajaba en tranvía por la inflexible vía Calatafimi, por la frecuencia, casi a cada manzana, con que se sucedían las paradas. La más cómoda estaba unos metros más abajo de la entrada principal, bajo una marquesina de uralita que protegía nuestra espera, embutidos en jerséis o en mangas de camisa, según el paso de las estaciones, pero siempre impacientes por embarcar hacia nuestra intermitente Citera. Procurando disimular, los viajeros habituales se apartaban un poco ante la aparición de nuestra cuadrilla de leprosos ávidos y huesudos. Llevábamos con visible embarazo –después de tanta guerrera caqui– la indumentaria de la vida civil, sobre la que habíamos experimentado poco antes, llenos de dudas, las olvidadas liturgias del acto de vestirse, soltando las lágrimas de repente en el gesto de acomodar en torno a las cavidades del cuello una corbata de otros tiempos, una blanca bufanda de baile.

No todos podían, por otra parte, conseguir el salvoconducto que se debía mostrar al guarda. Y las más de las veces nos fallaban las fuerzas. En tal caso, entre una expedición y otra, nos contentábamos con entretener los sentidos de alguna manera, con el riesgo, tal vez, de no conseguir más que hostigarlos.

Buscábamos cambalaches con la sección de las mujeres, a través del seto de hiedra y estacas que dividía el parque en dos sectores y que, por su ineficacia, llamábamos la Maginot. Primero nos entendíamos por señas, durante la misa; encontramos luego manera, desde una gárgola de la terraza, de balancear, atado a un bramante, un billete delante de una ventana amiga, con la confianza de que una mano recogiera la invitación. O bien una jabalina de madera de malaca, como las de los chicos, surcaba el aire hasta su galería y llevaba ensartada, mediante una goma o una cinta cualquiera, incluso una rosa.

Otras veces nos contentábamos con hablarlo entre nosotros, con llamarlas mediante una canción. La música era algo que no nos faltaba. Cada uno de

nosotros tenía, además de los discos y de nuestras radios de galena hechas a mano, unos auriculares para escuchar los programas que el Gran Flaco emitía, siete días de cada siete, desde un profundo laboratorio, con la pretensión de amodorrarnos o avisparnos, a su antojo, según las decisiones de una lejana manivela. Un abuso. Pero era fácil desenchufar la conexión. Mientras que no era fácil eludir, en el piano de la sala de juegos, sus personales exhibiciones de eterno aprendiz, con unas escalas que ponían los pelos de punto: *Gradus ad Avernium* corregía yo, para ofenderle, la portada de su Clementi.

Era un desquite, pues, tocar y cantar nosotros mismos, de noche, apenas sentíamos que la fiebre se retiraba lentamente, y en las venas el deambular de la sangre pasaba a ser húmedo y lento, un latido de aguas mansas contra la orilla. Entonces nos sentábamos juntos, en corro sobre el suelo, con una armónica, una mandolina, y dos o tres voces desafinadas a fuerza de perseguirse y de encabalgarse, en un esfuerzo casi siempre frustrado por alcanzar y aprisionar aquel tenue motivo evasivo que, al igual que las demás cosas, se negaba a pertenecernos.

Begin' the beguine, y de los balcones de larga luna seguían asomándose las muchachas, bajaban a colgarse de los galones dorados de nuestro brazo, juntos caminábamos a lo largo de un río, el Trasinaro o el Livenza, sosteniendo con la mano el manillar de una bicicleta de niebla. Inclinas bajo los besos, como arbolillos que eran, pero con un sabor de terroso carmín en los labios, y en el surco de los senos aquel olor a membrillo recién mondado. Pero nunca volveríamos a verlas, nunca volveríamos a oír mezclarse sus voces, bajo la copa del plátano, con los crujidos de la noche. Nos las había regalado la guerra; la guerra se las había llevado. Más allá de los montes y de los mares, ellas: muertas u olvidadas o enemigas. Y nosotros aquí solos, con una mancha bajo la chaqueta, una deshonra que ocultar.

La guerra quedaba a nuestras espaldas, pero sobre la chaqueta había quedado la huella de la bandolera, la acritud de la pólvora en las narices y en las manos. Manos que habían disparado, tal vez matado. Y ahora nos preguntábamos por qué. En la asfixia del sentimiento que, porfiando con la de la respiración, sofocaba nuestras fauces, cualquier palabra importante desteñía, parecía una mentira de adultos. Incluso la libertad, incluso la verdad. De tantos días de ebriedad y de dichas carreras por los Apeninos,

con los pañuelos coloreados en torno al cuello y los apodos de novela, sólo seguían flotando unos pocos garabatos y blasones de atrocidad o de amor: un silbido de entendimiento, una columna de humo crepuscular sobre una cabaña, un crepitar de parabellum delante de nosotros, en un sendero sin salida. Mientras tanto, por encima de cualquier otra cosa, dominando cualquier duelo o esplendor de la memoria, triunfaba bestialmente en el viento el tufo de la ciudad bombardeada, de su boca negra, de la impúdica exhibición de su pubis de muerta. El mismo tufo que ahora percibíamos salir de nuestras almohadas, nos correspondía combatir en otra guerra contra godos más capaces y feroces. ¿Qué importaba si el mundo, en otros lugares, había vuelto a tener veinte años, a murmurar las venerables palabras, a lo largo de los ríos, sobre los balcones de larga luna? Nosotros, para tener una mujer debíamos esperar a que por tres veces consecutivas en el análisis resultáramos inocuos, y a que nos fuera concedido el salvoconducto ritual, y a que los sentidos aceptaran el azar y la repulsión de un contacto comprado, y a que...

Caminar en medio de la gente, abajo en la ciudad, cargar con el pingajo del cuerpo, esta suma insuficiente de aliento y de sangre, en medio de los sanos de la calle, atléticos, limpios, inmortales... Observar los escaparates de las tiendas, reflejar en ellas hasta el último detalle de las descarnadas figuras, y percibir con gratitud que nadie se da cuenta, nadie se gira. Heme aquí en el campamento enemigo, disfrazado de vivo, invulnerable como los demás. Las muchachas pasan en tropel, cogidas del brazo, con estribillos de carcajadas. Llevan tacones altos, piernas de bronce desnudo, una peineta entre los cabellos o una lanceta de plata. ¡Cómo me miran sin verme, cómo todas ellas abren y cierran el abanico de la falda a cada paso! De pie, en la riada de la multitud, es hermoso elegir a una mientras se aleja, y bautizarla para poderla llamar cuando haya desaparecido, y emparejarse con ella en la fantasía, sentados sobre el parapeto de un río, el Trasinaro o el Livanza... Yo acaricio la curva de su mejilla, le digo «De acuerdo, mañana», le digo «Mañana, a las siete. Frente al Café de los Porches, frente al cine Odeón», le digo «Adiós, Sesta», «Adiós, Silvia». Ella llega entre tintineos de abalorios, con paso de brujita, de gitanilla. Tiernamente pecosa. Lleva la boca demasiado pintada, un birrete de paje inclinado a un lado, el bolso en bandolera. Le gustan los secretos que se susurran al oído, las predicciones,

los enfados, las mentiras. Sólo quiere de mí esto: un compañero de conspiraciones y alegrías. Recuerda los aniversarios más banales, las majaderías improvisadas y olvidadas a la mitad. Me acusa de culpas inexistentes para podérmelas perdonar al cabo de un instante. Me regala un clavel envuelto en papel de plata, un paquete de Tre Stelle, un estúpido *Toi et moi*. Es mi novia, miradla, está a punto de cruzar la calle con el semáforo en rojo...

O bien se acababa en el barrio del puerto, buscando una cualquiera, pero de carne y hueso, auténtica. De vez en cuando convenía, era también el consejo del Gran Flaco. Bastaban ya aquellas pocas escaleras para extenuarme, y la anquilosis del brazo en torno a su cintura. ¿Quién conseguía después moverse como es debido, con la magra dosis de oxígeno que me restaba? Y entonces, te pago un extra, hazlo tú... Sentía su cuerpo encrespado y lleno de lunares agigantárseme encima, penetraba en ella con su ayuda, acompañando con avaros estremecimientos los suyos, misericordiosos y exactos, hasta que se disolviera en lluvia de fuego y de miel en el fondo de su vientre la nube ciega que me hinchaba las sienes.

Más adelante, sobre la manta militar extendida a modo de protección de la dudosa limpieza de la cama, mientras ella se lavaba sin dulzura en un rincón, y una tardía gota de semen se deslizaba cansinamente por la ingle, me gustaba seguir un rato tendido, exangüe y desierto como un muerto, con los ojos prendidos en el techo, y descifrar en él, en una grieta o una mancha de salitre del enjabelgado, las emboscadas futuras de mi destino.

A mi regreso contaría todo a los compañeros, arracimados sobre el mismo colchón, contestaría riendo a sus preguntas de estudiantes, mentiría también un poco, tal vez. Diría: «Era guapísima, ha gritado, no fingía, os lo aseguro; qué mujer; id con ella, amigos...»

V. PADRE VITTORIO Y SU NOCHE OSCURA

Del padre Vittorio, el capellán castrense, tardé bastante en hacerme amigo, aunque nos emparejara la costumbre de salir a sentarnos a la galería de madrugada, para hacer acopio de aire sano, al menos hasta que vinieran a desaconsejarnos los primeros, tradicionalmente fatales, relentes del otoño. Y ya varias veces nos habíamos descubierto escrutando de lejos los títulos de los libros que sosteníamos con tres únicos dedos fuera del montón de felpa que nos cubría. Luego comenzamos a desplazar, cada día un poco, nuestras tumbonas (la suya, extrañamente, con balancín, antirreglamentaria), como por una premeditación de ambos, una inocente conspiración, que nos llevaba la sonrisa a los ojos, el tiempo de un parpadeo, cuando se encontraban. Acabamos así un buen día por encontrarnos codo con codo, frente al mismo primer rayo sesgado de sol, ya sin un pretexto que nos impidiera hablar y decir al mismo tiempo las mismas palabras:

—¿Cómo te llamas?

Resulta extraño que, después de tanto conocernos y tantas ocasiones de intimidad, sólo recuerde de él algún rasgo del rostro, una especie de inaferrable sudario, y la mancha que ocasionaba, interponiéndose entre la luz y yo, su cuerpo de montañés en el momento de asomar del *plaid* de colores para disponerse a inclinárseme encima y estrecharme ruidosamente la mano. Y todavía menos explicable que en un lugar como aquél, donde el abandono no tolera indecisiones o diplomacias, nuestro encuentro siguiera una gramática tan retorcida y prudente. Como si ambos temiéramos y deseáramos a la vez en el otro al cómplice y enemigo que nos faltaba y sin el cual no habríamos podido jugar la partida.

Es cierto que la tómbola de nuestra vida se mueve entre contratiempos y componendas innumerables. Nunca se conoce a quien se desea, sino a quien se debe o a quien el azar favorece, según que una mano desleal nos mezcle, junte o desapareje, disponiendo o rompiendo a su antojo los encuentros en los cañamazos de sus milenios. Así, aunque yo haya retornado desde hace muchísimos años, al igual que antes en la adolescencia, a una opaca

negación de Cristo, es a ese encuentro imprevisto, extraído de un cálculo o azar entre los infinitos posibles, al que debo haberla pensado, por una vez, con delicadeza y espanto, hasta el día en que, en el mismo instante de la muerte de mi amigo, me encontré más seco que un guijarro, y supe que hasta entonces mi cristianismo sólo había sido un falso embarazo, una histeria de tres meses. O bien sólo el vicio de escuchar, a medio metro de distancia, conmovedor y barbudo, a un joven apóstol que me contaba en la Otra nuestra propia Pasión.

Quién sabe cómo había llegado a acabar entre nosotros, él, del norte, que hubiera podido ingresar en el sanatorio para religiosos que el Vaticano mantiene, dicen, en los alrededores de Trento, o en una clínica para ricos, a dos pasos de su casa (era hijo único, los suyos poseían villas, barcos). Había pretendido, en cambio, bajar hasta las Madonias, sin miedo a exponer a la laica y facinerosa luz de la isla sus heridas que ya galopaban, que tal vez él mismo se había buscado. ¿Por qué?, me pregunté más de una vez, ya que había que presuponer una menor resistencia al mal en un lugar de un clima tan difícil, ¿por qué? ¿Para efectuar de algún modo el gran *tour* meridional, soñado tanto tiempo de novicio en un triste convento véneto con verjas en punta de lanza? ¿Para dejar atrás afectos y lágrimas amorosas y permanecer solo, igual que los más desamparados de nuestra familia, en el instante del desalojamiento final, del definitivo combate de boxeo con el ángel? Es posible que ni él mismo lo supiera, aunque en cierta ocasión aludió balbuceando a una misión y obediencia que él se esforzaba, incluso en cuarentena, en llevar a cabo, y para la cual le parecía que se necesitaba un escenario de cretas y olivos, una Judea llena de abrojos, como algunos cercados de por aquí, lacerados minuciosamente por un cisma de vientos.

Fantasías, exageraciones dichas para llenarse con ellas la boca, una noche. Y fue entonces, no obstante, cuando lo descubrí hermano, en el engaño de pretender atribuir un sentido de elección a una miseria privada del cuerpo: el mismo engaño por el que también yo ofrecía voluntariamente las palmas a los clavos, creyéndome que bastaba el orgullo para convertir un vergonzoso castigo en el privilegio de un dios. Hermano fue para mí, por consiguiente, y súcubo e íncubo, el padre Vittorio, durante todo el tiempo que juntos contendimos, venciendo y perdiendo ambos un poco, él para persuadirme de la Revelación, yo para contaminar como podía una u otra de sus certidumbres.

Ahora me doy cuenta de que fue un duelo de ciegos. De espadachines ciegos que se persiguen y se buscan impunemente, con alocados sablazos, sobre las tablas de un escenario. Extrayendo del desorden circundante de tantos baldaquines y tabiques polvorientos un placer desordenado; y dándose cuenta al final de que no han intercambiado golpes sino sólo contagios. Exactamente un contagio se produjo entre nosotros, entre nuestras dos barricadas paralelas y guerreras. De modo que, al mismo tiempo que yo iba acogiendo el fuego de sus esperanzas, mi duda, deshaciéndose de mí, y con ella mi cobardía, iba insinuando en la densidad de su cuerpo, allí junto al mío, una segunda y más ácida tabes que ni los rayos de Vasquez hubieran sabido desvelar. No me di cuenta plenamente de ello mientras vivió, hasta no haber descubierto por casualidad un dietario suyo escrito a lápiz, en el que cada línea propalaba las señales de una quemadura, de una caída.

Cuánto camino recorrido, pues, desde Cividale a la Rocca, para extraviar la alegre dirección de la propia senda y conseguir que le encontraran una madrugada, con un cigarrillo apagado en el puño y los dientes apretados contra el cojín de crin, en un balancín al cual el último espasmo de los músculos había impreso un movimiento que todavía, levísimamente, duraba.

Alguien, un compañero de sala, me dijo después que, en los últimos tiempos le había visto levantarse muchas veces todavía a oscuras, y que una vez le siguió y sorprendió a través de los batientes de las puertas, mientras celebraba en la capilla del hospital, él solo y sólo para él, con amito de lino y casulla roja, la misa de acción de gracias. Un intento de respuesta, tal vez, no tanto a mí como a sus propios demonios, de los cuales ahí viene alguna proposición, tal como la he descifrado, con escrúpulos de legatario, en los márgenes de una *Filotea*:

No hay nada que Yo no pueda perdonar. Muchas graves tentaciones surgen de esta idea. ¿Seré, pues, más bueno que Él?

No tengo domingos, mis días fluyen con el color de los ríos y de los sueños, entre parapetos de hierro, en un silencio que maravilla. Fueron, una vez al menos, una charanga de trompetas o una derrota proclamada.

Pero yo temo que mi voz caería en un aire indiferente, nadie es tan benévolo como para aceptar mis desafíos y mis blandas provocaciones, soy prisionero para siempre de la prudencia con que estudio demasiado prolongadamente los minutos sin atreverme nunca a vivirlos de improviso.

Haga lo que haga, vaya a donde vaya, una idea me reconforta: soy un hombre involuntario, por tanto soy un hombre inocente.

El pecado: inventado por los hombres para merecer la condena de vivir, para no ser castigados sin motivo.

Proyecto de fábula o reliquia del sueño: desciendo en la estación de una ciudad cuya lengua no conozco. Niños con un cuchillo en la mano comienzan a reír repentinamente.

Cuando me dirijo solo a la ciudad me sigue una figura con un manto.

Igual que el ciego de aquel chiste: el cual busca un sobre negro en una habitación negra, y el sobre no está...

Acostumbrarse a contemplar la vida como una cosa ajena, robada por broma, a restituir mañana. Convencerse de que es una derrota para los temerarios, de que la precaución suprema es morir...

La muerte: ¿un exilio? ¿Una repatriación?

De la misma manera que se hunde un clavo en la madera, a golpecitos, la muerte...

Pena de tener que dejarse a medias, después de haber hecho consigo mismo tan poco camino, curiosidad por conocer el resto (en el caso de que exista en algún lugar un guión completo...).

Cuán difícil es, Dios.

Repetirse cien veces cada mañana, como tarea y sacrificio, el concepto

predicable que imaginé con motivo de una clase del seminario («Oración en la muerte de Bossuet, como la hubiera escrito el propio Bossuet»): La muerte es un leñador, pero el bosque es inmortal.

Un bacilo de Koch se posó sobre el labio de Adelmo. Y Dios vio que eso era bueno.

Mi corazón ya no se me asemeja. Es de otro, ahora: una persona trágica en la que no sé reconocirme, que ha usurpado mis recuerdos, a cuya invasión llorando me niego.

Me despierto, a veces, y durante un minuto no sé quién soy.

¿Sería así la muerte? ¿Perseguir toda la noche a un yo que huye, buscándose dentro, sin encontrarlo, un nombre olvidado?

Señor, la avaricia y la fecundidad de la noche. Desaparecidas todas las cosas, remendado el desgarrón de los colores y de los sonidos. Y en mis ojos sólo la lava y el caos de Tu rostro, la llameante ceguera de Tu nombre.

Nombres de la infancia friulana, mientras duermo, exhalan un sonido en el tierno palimpsesto de la memoria. El nombre de un pueblo, de una prostituta, de una estrella...

¿Qué será de mí, de aquel día de lluvia del treinta y nueve, en Su cielo de querubines exangües?

De la gracia a la desgracia, descalzo, como en un sueño.

El vino de la misa es oscuro, un vino fuerte de Salaparuta que me dan en la cocina. Vino denso, de las venas de un Dios sarraceno, y que hace efecto al instante. Lo descubro en la sacristía, cuando lo vomito, después de un acceso de tos, entre los dobleces del pañuelo.

De repente, esta mañana, un rumor de alas de alondra en el corazón. Como un presagio de inesperado rescate.

Rezar, otro vicio solitario.

Un soldado por error, de acuerdo. Pero ¿y si correspondiera a un desertor, a un francotirador salvaje, herir en la frente al Condestable?

Sólo la infelicidad pertenece a los hombres, la desesperación a Dios.

Dios, gigantesco eufemismo.

Ángel arpía, tu vuelo desmañado y pesado, tu picotazo en el pecho.

Con la mano en el interruptor, de noche, en mi habitación, juego al Fiat lux, juego a ser Dios: apago y enciendo, vuelvo a apagar y vuelvo a encender. Finalmente la bombilla se funde silenciosamente.

En sueños he husmeado la muerte. Qué hedor de mala cocina. Qué necesidad, después, de lavarse incesantemente las manos.

Contemplo cómo dos moscas se aman sobre mi palma izquierda. Levanto la otra poco a poco, luego la dejo caer, la lanzo a traición. Me disgusta fallar el golpe.

Una penosa sospecha sobre la Pasión: ha venido para salvarse, más aun que para salvarnos (hablar de ello con mis superiores).

¿Y si fuéramos sólo Su pecado original, su infracción, la manzana que no debía comer?

La muerte natural no existe: cualquier muerte es un asesinato. Y si no se protesta, significa que se consiente.

Bajo a la sala común, a confesar a los pobres, a los viejos. No comprendo sus jergas cerradas, pero los absuelvo de igual manera, claro. Pobres, la cara de Dios.

¿De modo que éste es el buen uso de las enfermedades que, siguiendo el ejemplo de aquel otro, había pedido suplicante al Señor? Lágrimas, sí, pero

de rabia y rencor, blasfemia totale et douce. Y salvajes onanismos bajo las sábanas.

Yo desconfiaría aun con el dedo en Su llaga.

Una vez más en sueños una mujer me monta. Agresión funesta y sagrada, zarzal que no se apaga.

De creer al carcelero, basta un cordón del zapato.

Et ecce cecinerunt tubae cataractarum Tuarum.

Déjate ver, Tú que me espías.

VI. APARECE LA BAILARINA

El Ucciardone, Monte Athos, la fortaleza de La Rochelle... A cuántas clausuras y soledades me gustaba comparar nuestra situación en la Rocca. Tampoco me olvidaba del castillo de Atlante. Es decir, un lugar de visiones destinadas a no durar. Una de éstas fue Marta.

Sucedió el día de Santa Rosalía, que era también el día de mi quincenal aprovisionamiento de aire, llamado asimismo pneumotórax, más brevemente PNX, sigla heráldica de la esperanza. Se trata de una inyección de aire bajo la axila, realizada mediante una aguja que parece un puñal, con el fin de comprimir el pulmón y permitir, conteniéndolo, que los bordes de las heridas se recosan por sí solos. Pero conviene, después de la intervención, quedarse en cama y no moverse. Sólo que aquella noche había revista de gala en la sala de actos del lazareto, todo un programa con sorpresas, con actores y actrices de los nuestros: director único, sastre y regidor, el Gran Flaco. Éste, en efecto, y yo lo había descubierto nada más llegar, en aquel lugar no sólo era el muy poderoso pontífice de cuyo labio leporino, de cuyo puño cerrado en torno al cetro del estetoscopio, nos tocaba esperar cada mañana la confirmación o el viático; también era, en las festividades del año, el procurador de colectivos festejos: iluminaciones, cuadros animados, belenes, misterios bufos. Un desahogo como cualquier otro, para nosotros; para él, tal vez el intempestivo desquite de una vocación, en aras de la cual no vacilaba ahora en descuidar a los pacientes, a menos que no le sirvieran también en la barraca de los ensayos, entre las malvas del jardín, disfrazados de númenes o de paladines. Yo no era de la compañía, entre ellos era un recién llegado, un novato. Pero, si no a ésta, me proponía no faltar a la siguiente pasarela; al precio de exhibirme de cartomántico o payaso. El Flaco me entendió. La espera de la muerte es un tedio como cualquier otro, y que se alimenta de pompas mucho más que la misma muerte. Así que él, como solía hacer, prometió a más no poder: para Nochevieja, para Carnaval, para Pascua; para el otro verano, si llegaba a él. De prestarle atención, tenía ya en la mente el proyecto, una trama de drama

antiguo (a él sólo le gustaban los clásicos) adaptada en versículos burlescos y que hablase de nosotros entre líneas: un Alceste, un Filoctetes con sombrero hongo, golpes de efecto, quidproquos, y tartas sobre la pintada jeta de Tánatos. A este argumento, yo, que sabía de letras, me encargaría de darle jugo, y servirle de pasada de acólito en la elección y en el adiestramiento de los personajes de la obra.

A dicha idea, mezcla de goliardía, presunción y malignidad, yo no había objetado nada. Se podría sacar de él algún efecto de escarnio y bilis, con un gemido detrás, afilado como un cuchillo. Y, a fin de cuentas, ¿qué me importaba? Un cálculo diferente, si debo ser completamente sincero, sugerido por aquella parte de zorro y de granuja que hay en mí, me había convencido de que dijera que sí. Y este cálculo era que los preparativos del espectáculo pudieran ofrecerme una posibilidad de promiscuidad, la salvaguardia para acercarme a las desconocidas del Ala Sur, entre las cuales, sin lugar a dudas, a alguna sabría inducir, con una perorata de las mías, a satisfacerme las necesidades de la sangre, de infectada a infectado, evitándome los remordimientos y el sabor a tierra que me dejaban en los labios, cada domingo, mis descensos al barrio malfamado de la ciudad. En suma, no podía faltar de ningún modo a la fiesta de aquella noche si quería contemplar en secreto, sin necesidad de decisión, las actitudes y las caras de las teatreras que necesitaría mañana para mi doble necesidad. Me deslicé de la cama, volví a vestirme, me encaminé apresuradamente hacia la sala.

El espectáculo ya había comenzado cuando conseguí entrar, después de haber palpado a ciegas, en busca de la hendidura, las cortinas de terciopelo carmesí que colgaban de la sobrepuerta como los ornamentos de un catafalco. Inmediatamente me sorprendieron las frases del Romeo que esparcía por el aire un acento de Trapani, de un alfeñique con las rodillas en el suelo, cuyas mallas, obsequio de un director del Politeama, debían de haber albergado en otros tiempos pulpas más rollizas: «Era la alondra, mensajera de la mañana, no el ruiseñor: contempla, amor, cómo aquellas cintas de luz, envidiosas de nuestra alegría, ciñen con una franja radiante las nubes en fuga, allá en el oriente. Yo debo partir y vivir, o quedarme y morir...»

Reconocí, no sin fastidio, las huellas digitales del Flaco en la decisión de imponer a un rústico debutante sublimidades tan arriesgadas, a fin de

provocar una sonrisa en la sombra de una butaca, y sin embargo me agradó la compunción con que todos se inclinaban hacia el escenario como a una tribuna o a un púlpito en los que estuviera a punto de descender una verdad, un germen de salvación, tal vez, para todos. Pero ya otra voz daba la réplica a la primera, una juvenil y teatral voz de mujer con imprevistas inflexiones lombardas: «¿Cómo te has ido así? ¡Amor mío, mi señor, ah, marido mío, amigo mío!» Y a estas palabras seguían otras, improvisadas me pareció, e incongruentes entre sí, sin otra cosa en común sino que todas proponían amor y en los labios de ella se revestían, aunque pronunciadas con distanciamiento, de un significado de invitación, difundían a su alrededor un impetuoso aroma carnal.

Me adelanté, alcancé junto al Flaco la silla de primera fila que, en contradicción con sus propias prohibiciones de médico (un segundo Cottard, sonreí para mis adentros, la naturaleza imita al arte), había reservado para mí, y me senté a tiempo de incrementar con los míos los aplausos de todos y de recoger de un duro rostro de muchacha inclinada para agradecerlos una especie de sofocada sonrisa, un pasajero y húmedo resplandor de sol surgido de una rendija de las nubes. «¿Quién es?», pregunté a mi anfitrión, sin recibir otra respuesta que dos sílabas, Marta, aliñadas con un aliento despiadado y prontamente disueltas en el renovado granizo de aplausos que acogía el anuncio del número siguiente. Marta, también, Marta Blundo, estaba escrito en el programa de mano que el viejo me ofreció después, cuando se encendieron las luces del descanso y pude volverme a contemplar la población de la Rocca, alineada por entero en formación de batalla frente a un telón bajado, con los rostros relucientes de fiebre y sin embargo inevitablemente felices. Qué platea de pijamas a rayas se apretujaba en la sala, es posible que también nosotros, los de este lado, fuéramos actores, pintados de rosa en los pómulos y dispuestos a entonar a coro nuestro réquiem cantable, y los auténticos espectadores permanecieran ocultos, nos contemplaran en silencio desde un palco proscénico que parecía vacío.

Pero de repente comenzó algo en el escenario, en un silencio absoluto. Era ella otra vez, la muchacha de antes. Ahora, en un número de danza. Yo, por el momento, sólo conseguía ver sus miembros diminutos, vestidos de muchos colores y tendidos en el suelo como en una viñeta de libro: una

Arlequina, tal vez, falsa muerta en su deslumbrante casaca. No permaneció así largo tiempo, sino que a la primera escaramuza que intentaron los instrumentos entre bastidores –no se trataba más que de un disco difundido por un altavoz, la *Sílfide* o qué sé yo– comenzó a liberarse del suelo lentamente, a fuerza de gestos meditados y cerrados, interrogando al aire con una prudencia de ciega. Se enderezó finalmente de golpe, saltó hacia el techo.

Un escalofrío en la cabeza me advirtió que se trataba del comienzo de un desafío muy serio, quién sabe cuál era la apuesta, en aquel cono de aire que perfilaban los reflectores. Era un juego serio, con algún abyecto sobreentendido, del cual yo era mantenido al margen. Extremé mi atención: la bailarina se desmadejaba y deslizaba por el cielo con presunción y fiereza, acompañando cada salto con un gemido de incitación; y la coalición de elipsis y torbellinos a través de los cuales sus miembros comentaban el violento discurso de la música; las pausas en las que súbitamente se abolía, sin necesidad en ocasiones, aquella aérea escritura; todo esto creaba una confusión, tratárase de invocación o de burla, a la que sentía, con un hilo negro, coserse inextricablemente la propia trama de mi destino.

En una pausa de la música, mientras permanecía un instante erguida e inmóvil en el centro del escenario, conseguí, al fin, verla mejor. La garganta se le había teñido de arrebol, por una irradiación epidérmica de la sangre.

–Como de luz detrás del alabastro –citó docta y odiosamente el Flaco a mi lado–. Así son los serafines.

¡Oh, sí, era un serafín, con el talle delgado y las alas encendidas, con ojos como chinas de ébano en el orgulloso óvalo amansado por una corta melena luminosa!

Pero ya de nuevo giraba a lo lejos, y con tanta insistencia parecía reclamar a las paredes una brecha para escaparse que me sorprendí buscando detrás de ella la figura indispensable de un perseguidor. Cuando volvió a desplomarse, fue por un tiempo más prolongado. Ahora, después de tanto movimiento, al retornar a la tierra, alzarse de nuevo le costaba trabajo. Sobre el pavimento, bajo el veredicto de las lámparas, con un rostro que había comenzado insensiblemente a perder color, yacía inmóvil, respiraba profundamente, recuperaba una tras otra las líneas de fuerza de su ser para recomponerlas de nuevo en un proyecto alado («¡Animal!», susurré indignado al oído del médico. «¿Cómo puedes tolerar esto? La matará»).

Cerré los ojos cuando, al cabo de un intento que fracasó una vez más, ella saltó y fue como si se hubiera arrojado de una ventana. Estaba claro para todos que se había producido una división, o la derogación de una ley, en el umbral de un reino que sólo ella alcanzaba a ver. Jadeante intentó de nuevo, pero sin confianza, los preliminares de la asunción, ahora ya no era más que un cuerpecito de luciérnaga, partido en dos por una rueda en un sendero. En aquel momento fue cuando irrumpió en su ayuda la orquesta con su conjuro más poderoso: maderas y cobres se inclinaron sobre ella como sobre una ahogada, revoloteó en torno a su frente un lienzo de sonidos amigos, todo un preocupado pandemónium de notas. Ella levantó los brazos, como si quisiera amansarlo, luego permaneció inmóvil un instante, recogida en sí misma. Yo rezaba internamente para que venciera una vez más, y con tanta pasión que tuve después la certeza de que era yo quien la había salvado, y en mi mente me vanaglorié de ello.

Ahora se irguió sin esfuerzo, daba la impresión de ser más alta, más fuerte. Sólo la vimos un instante, mientras saltaba hacia arriba, con el impulso de talón del marinero que reaparece: nítida, inexplicable: un ángel de la anunciación que se va.

Ya no reapareció y tampoco yo conseguí permanecer allí mucho tiempo, sino que apenas los muñecos Pulicane y Buovo d'Antona se hubieron enfrentado a muerte por las miradas de una bella de Trebisonda, y los hube visto caer a ambos con las corazas despedazadas a los pies de un sicomoro pintado, me levanté para salir, aunque mi vecino me mirara con una antipatía cuya razón se me escapaba. No fue fácil abrirse paso entre el público de los rezagados que se apiñaba entre fila y fila, mientras en el escenario aparecía el enfermero Panzera, disfrazado de rey de la magia, haciendo girar entre las manos, vertiginosamente, una profusión de pelotitas que me habría gustado contar.

En la pequeña pieza que servía de vestuario, detrás del escenario, ella estaba sentada modestamente en una esquina, junto a un espejo de pared, todavía con el disfraz multicolor de antes. Sin él no la habría reconocido, hasta tal punto me pareció infantil y esparcido de nunca vistos hoyuelos el rostro que ofrecía al amarillo huevo de luz colgado del techo. Un rostro diferente, incluso más hermoso que el ceño de matahari que había creído

descubrir desde mi garita de primera fila, y al cual se habrían adecuado mucho mejor los meloheroicos furores de mi impulso afectivo. El que había preparado antes de entrar y que no fui capaz de convertir en un *approche* más cotidiano cuando me detuve delante de ella.

—Marta —dije, y puse ruborizándome la mano sobre su hombro—. Tienes que salir conmigo —le ordené—. Te queda poco tiempo, nos queda poco tiempo. Y tenemos veinte años.

Alzó la frente, sin asombro, por lo que pude entender, ni enfado. Era como si no me hubiera oído y mis palabras se hubieran mezclado en su interior con las de la canción que venía del escenario contigo y hablaban de septiembre y de lluvia. No, no me contestó, pero con un perezoso desplazamiento sus ojos me esquivaron, fueron más allá, parecieron agarrarse a algo que no estaba en la habitación, se entornaron finalmente en el instante en que un acceso de tos, seco como un disparo, la dobló en dos, la estremeció, hincándole en la cara una máscara desgarrada de anciana. Se levantó y escapó, con la boca cubierta por un pañuelo, pero, antes de empujar la puerta con el codo, se volvió un momento hacia mí, sonriéndome, pidiéndome con la mirada no sé si que la salvara o que la dejara en paz, que me olvidara de ella.

Pero el Gran Flaco, surgido bruscamente a mi lado, me había cogido el brazo y me arrastraba tras él, insultándome a su manera.

—¡Ésa, *strichten verboten!* —murmuró—. Y no me echas el aliento encima, Almazaviva tosedor.

No añadió más, salvo un gruñido de felicidad cuando, retornando por el pasillo, oyó estallar de nuevo, aunque atenuado por los cortinajes, un estruendo de aplausos, a cuyos invisibles ejecutantes dedicó, una y hasta dos veces, una rígida inclinación de marioneta.

VII. DUELO DE DÉBILES ESPADAS

La noche siguiente no supe resistir y pedí al más joven y desenfrenado de mis compañeros, a Luigi llamado el Alegre, o también el Pachá de Patrasso, gracias a una alardeada borrachera de amor en un prostíbulo griego, que me dejara bajar con él a escondidas, pasada la medianoche, al jardín. Estaba citado, y no era la primera vez, con Adelina, una flacucha ya casi curada, atormentada, sin embargo, por deseos que ni el sueño era capaz de apaciguar. Se manoseaban como podían a través del seto de separación, se contaban mentiras, indecencias, concertaban estratagemas innumerables para encontrarse fuera el domingo. A ella quería yo pedirle noticias de Marta, una identidad lo más mezquina posible, que la sustrayera de la atmósfera de milagro con que me había parecido natural rodearla en el transcurso de mi extraviada velada, y mediante alguna revelación de manías, medias rotas y sudores la hiciera respirar junto a mí como una criatura cotidiana. Porque, en suma, no se acomodaba con la economía de mi tiempo la prolongación de un estado de éxtasis y arrobamiento; a mí, por el contrario, me servía únicamente un cuerpo para consumir inmediatamente, antes de que nuestro vagón sellado se detuviera en el depósito de la estación de llegada... Y, además..., además yo soy así: de la misma manera que me enciendo, me apago. Espiando cada vez con ansiedad en el vientre del fuego el gris oculto de la futura ceniza. Así ahora, respecto a Marta. Mientras estaba apenas en sus primeras frases el gran andante dorado de mi enamoramiento por ella, ya en mi interior la deseaba refractaria cuando no indigna, para prepararme a disponer de antemano los pretextos y las desvinculaciones de la fuga de mañana.

Pues bien, como si lo hiciera adrede, Adelina me colmó hasta las heces de satisfacción respecto a lo que tácitamente esperaba.

—¿Te refieres a la Petacci? Pero si es una de las más podridas —susurró a través de los setos y del alambre de espino que nos separaba—. Ya casi no la median, le dejan hacer lo que quiere, hasta bailar, ya lo viste.

—¿De dónde es? —pregunté—. ¿Cómo ha llegado a la Rocca? ¿Y por qué la llamáis así?

—No lo sé muy bien —contestó—, y ella apenas suelta prenda, la princesa. Dicen que es del norte, y que estaba en Sondalo pero que los demás enfermos no la quisieron. Y que antes bailaba en la Scala. A mí me parece una cupletista. Por otra parte, se dicen tantas cosas...

La voz de la joven se apagó hasta el susurro, y se tiñó de un sorprendente pudor.

—Se habla de un capitán de la SS, de una villa en el lago. Y cosas peores. Lo que sí es verdad es que hace poco que el pelo le ha crecido en la cabeza rapada...

Prosit, hasta demasiado bien servido. Dos veces intocable, un récord. Había conseguido impresionarme, a mí, que por los del otro bando alimentaba hasta ayer, exclusivo como un amor, un odio de muchacho, más allá de cualquier condescendencia, duda o perdón. No quedaba más que decir basta, borrarlo con la mano y largo. Y pese a todo, hasta tal punto se contradice en mí el embrollo de los sentimientos, precisamente por aquel exceso de informaciones hostiles, en aquel mismo instante, casi bajo el azote de una fusta o de una brisa salada, comenzó a nacer y a crecer dentro de mí una pasión, no pareciéndome cierto haber encontrado en lugar de un elfo un pájaro desplumado y sucio, y poder mezclar las indiscreciones del deseo con una onza de empedernida piedad. ¿Y quién, pues, conseguiría ahora sacarme de la mente, pese a cualquier subterfugio de los míos, el resplandor de aquella tenue sonrisa, si sonrisa era, vislumbrada en el instante en que se había vuelto a mirarme y el bosquecillo de los renacidos cabellos; y su paso, mientras se iba?

Me despedí, ya era hora. Pero antes, y sin remordimiento, cedí a las seducciones del Alegre que con la mano y con la mirada me indicaba, en la densa tiniebla del Ala Sur, un minúsculo recorte de ventana todavía iluminada, frente a nosotros. A través de la mirilla del follaje, agrandada a fuerza de brazos, no pude ver gran cosa, una fugaz aparición, no sé si de carne o de ropa, pero suficiente para percibir en los oídos el habitual molino de viento de la sangre y para tener que apoyarme un momento en mi compañero, que reía. Luego le dejé con Adele, con sus ansias, y regresé a casa a través de una sucesión secreta de escaleras y puertas ocultas, desde la lavandería hasta mi habitación, deslizándome a lo largo de las penumbras de los pasillos, como cuentan en los libros que hacen los camareros de hotel, calzados con chanclos de fieltro.

A partir de entonces se convirtió en una fábula, en la Rocca, mi amor por Marta. Se lo contaba a todos, quién sabe lo que me había atrapado. Las muchachas en bata que cruzaban el umbral del locutorio se me reían a la cara, amenazándome con el dedo; bromeaba sobre ello el doctor Vasquez, mientras me garrapateaba con lápiz, como flores de lises de Francia, sus círculos en el costado; una frase se burlaba de mí en la pared de las letrinas colectivas... La excepción: el Gran Flaco, ni una sola vez volvió a pronunciar aquel nombre. Pero ahora me trataba como a un cliente, con arrogancia y pedantería; ya no venía a buscarme si no era para la visita que me debía, como a los demás, a las horas precisas; acompañado de monjas, ayudantes, y mirándome apenas, con los bulbos de los ojos hinchados como bubones. Todo ello señales de un despecho y unos celos que no llegaba realmente a explicarme en un hombre irónico. No me turbó gran cosa, sino que atribuí aquella actitud a los altibajos de una naturaleza torcida, cuyo fondo de fúnebre neurastenia, removido por la edad, borboteaba y asomaba sin resistencia a la luz. Por otra parte, después de aquel encuentro detrás de las bambalinas, no había vuelto a ver a la bailarina, hartó contento de disfrutar por mi cuenta, antes de dormirme, un desahogo de la fantasía, en el que ambos, curados, nos besábamos delante de un mar. No es que me impidiera buscarla el pensamiento de su pasado. Éste, lo comprobé con asombro, sólo llegaba a inspirarme un blando horror, perfumado por la lejanía. Igual que la noticia de un naufragio, en una vieja botella, a un solitario guardián de faro. ¿Qué otra cosa éramos, además, nosotros aquí, los de la Rocca, cada uno de nosotros, si no un farero olvidado por los hombres sobre un escollo de Mala Esperanza? No habían transcurrido muchos meses, pocos para ser preciso, pero ya, tanto de los monstruos de la guerra como de la nueva ansiedad de vida que espumeaba en torno a nosotros, un canal de aguas muertas nos había separado para siempre. E inútilmente a la alegre pelea por el mundo que renacía —aquel hervidero de esperanzas y certidumbres en el que tantos pensarían después como en la estación más plena de su vida— nos convocaban arrojando estrepitosamente libros y periódicos sobre las sábanas: el rey de nuestras barajas era más auténtico que el jovencito Humberto en busca de votos, llegado hasta allí a estrecharnos con atemorizado coraje la mano, algún día antes del dos de junio. No existía héroe de ningún tipo en nuestros discursos, a no ser un homúnculo llamado Robic, que escalaba, bailando sobre los pedales, las

pendientes del Tourmalet. Debo confesarlo: mortificados tanto los odios como los entusiasmos por el horóscopo irrefutable de mi respiración, otra cosa y no sus culpas me turbaba al pensar en Marta. Era, más bien, la incertidumbre de si creer en la visión de ligereza y vigor que me había dejado en los ojos, pese a todo, la noche del baile o en las palabras desesperanzadas escuchadas en el jardín, que parecían excluirla de cualquier práctica amorosa. Palabras de las cuales, por soberbia o por miedo, no me atrevía a pedir confirmación a nadie capaz de dármela.

Hasta que un día, en la Sala de Rayos, el azar me empujó a saber. Acababa de vestirme y permanecía con los demás, una manada de tórax macilentos encima del banco, cuando he aquí que de fuera reclamaron a Vasquez, que dejó sin custodia el cuartito de revelado, con todas las urnas de cristal al alcance de mis manos. Escudriñé en su interior sin titubear, seguía disfrutando a los ojos de todos de algún derecho suplementario, no se habían dado cuenta de que el Flaco había dejado de distinguirme con sus favores; y en cualquier caso no habrían dicho nada, cual una masonería de forzados. Los centenares de radiografías estaban a la vista, con los nombres escritos por orden alfabético en el exterior de cada sobre. Me apresuré a elegir dos.

Cuando volví a mi habitación, las levanté contra la luz. Hábil como había llegado a ser en descifrar las más mínimas apostillas del mal, bastó una mirada para horrorizarme.

Aquel mediodía no bajé al refectorio sino que me arrojé de bruces sobre la cama para comparar prolongadamente, emparejados sobre la misma almohada, mis abscesos y los suyos, y para medir, como un geógrafo de Escandinavia, cada sinuosidad y cada laguna en cualquier lugar donde sintiera latir una ráfaga más negra y venida de más lejos. Pero mientras estaba absorto de este modo en celebrar, no sin una funesta delicia, aquella cópula de larvas entre nosotros, y un grito de misericordia me henchía inútilmente los labios, la voz del padre Vittorio detrás de la puerta: «*Mister Livingstone, I suppose?*», me golpeó en la espalda como una pedrada.

Era absolutamente inhabitual una visita en una hora de piedra como la de la siesta, y la fingida desenvoltura de su entrada no auguraba nada bueno. Era imposible dejar de ver que el fraile sufría, pero simulé no darme cuenta de ello, eludí de algún modo las exigencias de su mirada, y esperé. Llevaba

en la mano un libro, con el dedo medio dentro, a modo de punto. Se sentó en el borde de la cama, y permaneció largo rato así.

—He intentado rezar —comenzó a decir— pero se me ha quedado en la garganta un sabor de hiel. Tal vez ya no sé rezar solo.

Llegaba en pésimo momento y me irritó.

—¡La oración! —exclamé—. ¡Tu caliente cubil, el portal donde protegerte cuando cambia el tiempo! Me repugna este Dios con el que te revistes como un pesado suéter sobre nuestras pleuras de papel de seda. A mí siempre me ha gustado mojarme.

Sonrió.

—Será por eso por lo que has terminado entre nosotros.

Y añadió apresuradamente:

—Ayúdame. Sálvate. Salvándote me salvarás a mí. Y no permanezcas demasiado tiempo bajo la tormenta.

Abrió el libro, comenzó a leer, luego lo dejó y prosiguió de memoria.

—Igual que los pájaros construyen nidos sobre los árboles para refugiarse en ellos cuando lo necesitan; igual que los ciervos preparan capas de hierba y madrigueras en la espesura en las que se ocultan y amparan, disfrutando así, en el verano, el frescor de la sombra; así, oh, Filotea, nuestros corazones deben tomar y elegir cada día un lugar, en el Monte Calvario, en las llagas de Nuestro Señor, o en algún paraje cerca de Él, para convertirlo en el propio abrigo en cualquier ocasión, y allí alegrarse y recrearse al margen de las cosas del mundo, y construir en él una fortaleza, en defensa de las tentaciones. Dichosa el alma que pueda decir en verdad a Nuestro Señor: Tú eres mi albergue y mi segura trinchera, Tú el techo contra la lluvia, la sombra contra la canícula.

Yo apenas lo escuchaba. Marta, alguien seguía diciéndome al oído, Marta. Y sobre la almohada aquella desplegada constelación de fiordos y de líquenes, aquella galaxia de medusas muertas, repetía Marta, se llamaba Marta.

—Los alciones construyen sus nidos en forma de bola y sólo dejan en ellos una pequeña hendidura, en la parte superior; los depositan en la playa del mar, y los hacen tan sólidos e impermeables que, aun cuando sean sorprendidos por las olas, no se dejan penetrar por el agua; al contrario, estando siempre a flote, permanecen en medio del mar, sobre el mar y dueños del mar. Así debe ser tu corazón...

Se interrumpió, abandonó el libro.

—Así debe ser tu corazón —repitió dos veces, y parecía decírselo a sí mismo—. Tiempo atrás yo amaba estas palabras.

Luego, estremeciéndose:

—No, Dios no sólo es, como temes, una casa de paz. Es también un depredador, un lebel celeste que nos persigue y nos domina y nos ama.

—Extraño amor —repliqué, mientras iba enrollando ostentosamente los mapas robados, para alejármelos de la vista y arrinconar por un momento en la oscuridad las miserias y los aullidos—. Yo estaba en la nada, infinitamente nulo y tranquilo... Mis textos le acusan de eso.

—Por amor te ha extraído de la nada —dijo quedo.

Y yo:

—De Sí, no de mí. O bien por cansancio de Su propia impecable soledad...

Ahora intercambiábamos estas frases sin ninguna cólera, sino más bien con un afecto en la voz, como adversarios que saben, cada cual por su cuenta, que sólo llevan razón a medias.

—Al crearnos se ha comprometido —proseguí, copiando no sin malestar un argumento del viejo—. Y, en fin..., si el Suyo sólo hubiera sido un conato amoroso, si consiguiera imaginármelo inclinado, con lágrimas y compasión, sobre la inmensa errata del universo, dispuesto a borrarlo todo para probar de nuevo otra vez...

Vittorio me cogió del brazo. Jamás olvidaría la precoz canicie de su barba, que los labios, al moverse, hacían temblar, ni podría sacarme la espina del remordimiento por no haberle sabido inventar el yo que esperaba.

—¿Le perdonarías? ¿Eso es lo que quieres decir? —dijo—. ¿Te atreves a decir eso? ¿No entiendes que en el crear consiste precisamente la belleza de Su muerte, el escándalo de Su muerte, la estupenda ironía de Su morir? Para que tú te hagas Él, Él consiente cada día en hacerse tú, en que muera cada día en ti la propia infectada divinidad. Puesto que la creación se produce cada día, entiendes, al igual que Su muerte, Jesús estará agonizando hasta el fin del mundo...

Su celo confuso me conmovió. Y sólo con el objetivo de provocarle para que siguiera hablando murmuré:

—Palabras, Pascal de seminario...

Y él:

—Pobre amigo. Tú eres quien vive en una telaraña de palabras y te envuelves dentro de ellas, cuando bastaría una sola, pronunciada en silencio, aquí de rodillas, junto a mí. Necesitas sucumbir para vencer. Cerrar los ojos para poder despertarte. Debes perderte en la noche de tu corazón si quieres recuperar la luz. Dios no es el asesino que tú imaginas. Tú supones que lo persigues, te empeñas en leer a cuatro patas, como los detectives de las novelas, las oscuras pistas de su fuga, interrogas las huellas de sus índices uncidos. Mientras que es Él quien vela constantemente sobre ti, Su sombra está encima de ti y tú no la descubres, Su aliento te muerde la nuca y tú lo confundes con el viento...

Me ruboricé violentamente apenas se dio cuenta, al cabo de unos minutos, de que ya no le respondería. Cuando volvió a hablar, su tono era de disculpa, inerme:

—No soy feliz —dijo— y me pregunto por qué. Es posible que la consunción que llevo en la carne me vaya estropeando también el alma. Y cada vez dudo con mayor frecuencia y me asusto y me siento un falso sacerdote. Sin embargo, no grito en contra de Él. Cae la noche, pero yo no sé encontrarlo a mi lado, ni le hablo más que en sueños, con los labios del renegado. Ojalá pudiera sentir como antaño Su herida en el corazón, Su dulcísimo rayo...

Cerré el libro que había dejado abierto sobre la almohada, se lo tendí.

—Mister Stanley —le dije—, usted ha recorrido muchas millas, pero ahora el viaje ha llegado a su fin. Una de estas madrugadas Alguien vendrá del mar, del lado de Sferracavallo. Usted se irá con Él, se lo aseguro, con las sandalias ligeras sobre el agua.

—Quiera el cielo que hables en serio —me dijo.

—Pero no ves que estoy llorando —mentí.

VIII. EL REGRESO DEL CLANDESTINO

Los días que siguieron a la muerte del fraile fueron de fuego. Y yo, aunque en muchos aspectos nos parezcamos, no consigo amar el verano. Es un tiempo de úlceras y quemaduras, colérico, presuntuoso; el tiempo que más daña a quien siente aproximarse el final y preferiría moverse en la penumbra de los decentes, cómplices y solidarios entendimientos, con un orden en los pensamientos, y la sangre, finalmente, en paz. Mientras que, aquel verano, no había brida que contuviera mi sangre, y la sentía latir en las venas con un ritmo incorrecto, unas veces furioso y otras lánguido, de la misma manera que cuando te haces adolescente y te gusta espiar, con un dedo en la carótida, sus misteriosas mareas. Así pues, una nueva pubertad, más difícil que la primera, me había sorprendido, o ¿qué significaban, si no, aquellos redobles de tambor desde los cuales se esparcía sobre cada uno de mis despertares un familiar hedor de juicio final? Las horas corrían sobre el cuadrante, granos de lenta e insostenible luz. Esperé inútilmente un obstáculo en el camino de las estrellas. Demasiado límpido se destacaba el azul sobre las gárgolas de la Rocca, con un halcón solitario debajo, y no había ningún escudo de nubes que desviara el advenimiento del día de Dios. Porque hay un día en la isla, sólo uno, un día de julio, que se destaca de los restantes y ya no se olvida. Los otros eran únicamente verano, el belvedere color caqui de que tratan las postales. Pero éste es una rabia de Dios, el ejemplo de una estación que no existe.

Comienza con las primeras claridades del alba y a través del sueño se oye cómo los perros se lamentan en los olivares. Luego el sol desemboca de los tejados, chorreante yema de huevo, hórrida menstruación del cielo. El soplo que nace de él ni siquiera provoca el sudor, sino que aprieta el corazón dentro de un puño, empuja a las golondrinas a estrellarse contra los campos de lava, por todas partes reverbera, y las engaña, una inexistente palpitación de agua. Y así la una, las dos. Ahora gorgotea lentamente y se apaga la cola de viento que se había alzado del mar, sembrando de arena africana cada uno de los pliegues de la piel y del suelo; junto a los pozos están secos los

áridos agujeros donde se acovacha la víbora, en los dinteles duermen los pobres, y parecen muertos, con una venda oscura puesta sobre los párpados.

En la Rocca no fue diferente, claro. Y el alcalde de Caccamo, que desde un periódico imploraba ayuda contra una plaga de langostas, no tardó en parecer un faraón aterrorizado. Pero:

—Es el *ghibli* de Túnez —le quitaban importancia las monjas, valerosas en sus tocas de lana, pasando entre cama y cama para poner un pañuelo empapado en las sienes de los más afectados—. Se calmará, ya veréis. Mañana estaremos mejor.

Los enfermos asentían, qué remedio. Pero los que no tenían fiebre bajaban al jardín sin pedir permiso a nadie: consumidos, con el torso desnudo, por una desobediencia o error de vaya usted a saber quién, avanzaban jadeando en medio de la zumbante calígene. Idénticos, sin duda, a los demás del año anterior y de los años futuros: la misma urgencia superflua de los gestos, los estupores de alguno, estúpido o joven, y aquellos exabruptos de reclutas asediados en un fortín sin agua, que se exhiben sobre las almenas y gritan, mientras el enemigo debajo de las palmeras se ríe de ellos, y ni siquiera dispara.

En cuanto a mí, ¿de qué serviría imitarles? Mejor procurar obligarse a un descanso de los sentimientos, a una especie de flema o miopía, frente a tanta enemistad del tiempo, y a la injuria de aquellas muertes que el calor dibujaba de antemano, aguzando las mandíbulas hasta que parecieran bocetos de cráneos. Así que me quedé en cama, aquel día y los siguientes, desnudo bajo la sábana, y con los ojos cerrados las más de las veces, pero otras contemplando las fotos de actores pegadas a la pared de enfrente y fantaseando historias entre ellos, mentiras que hacían saltar las lágrimas, tan inverosímiles como las mías. Ya que no cabe duda de que mi historia era un cuento de aquellos de «érase una vez», bastaba dormirse para dejar de creer en él y restablecer la equidad de la vida, al otro lado del telón. Sí, ahí estaba el secreto: escapar dentro del sueño y alojarse en él, anidar dentro de él, como quien se pone un jersey viejo. Que permanecieran fuera los demás, así como su salud, sus encías rojas, los pasos que van no se sabe adónde y quieren no se sabe qué. Y que dejara de una vez el corazón de percutir como un martillo, el metrónomo de la gota de torturar, en el lavabo, al zángano caído patas arriba del marco de porcelana. En suma, ¿qué quieren

los demás?; la luz, ¿qué quiere? Yo tengo mi pared, ahí enfrente, con una mentira pintada. Y mis sueños de oro de ley, antes de cerrar los ojos. Y el sueño, finalmente: sepulcro profanado, placenta de madre antigua, nave solar para irme como un rey.

No era cierto. O al menos ya no lo era. Desde el momento en que aquella muchacha me había anunciado su existencia, que ocupaba una irrisoria concavidad de aire en medio de nosotros, a pocos metros de mis brazos. Ella, con los hoyuelos de la risa, y la tos, y las valvas secretas del sexo debajo de la corteza de la túnica infantil. Una excluida, un alma perdida: justo la socia que me convenía. Una socia, sí. Porque, en contra de cualquier creencia y realidad, yo me obstinaba en presumir que había firmado tácitamente un pacto con ella, y que poseía una paga y señal en la radiografía robada que conservaba debajo de la almohada. Me bastaba acariciarla con un dedo, por la noche, y experimentaba un agrídulce retorcimiento de los nervios, como le produce a algunas personas la seda de un paraguas, si le roza por casualidad el pelo. Hasta el punto de que aquel tenue celuloide, contra el cual se había apretado con fuerza su pecho, más que seguir pareciéndome, como al inicio, la telaraña tejida por una tarántula oscura, se había ido transformando, no menos que un guante o un botín, en una especie de inaudito fetiche amoroso...

Esto no duró mucho tiempo, mis defensas naturales se despertaron; y al temor del ridículo, y a los abrojos de todo tipo que me alejaban de la mujer, se añadió, y venció, el temor de cuán pronto se rompería un vínculo cuyos dos cabos estaban sostenidos por unas manos de tan pobre y débil presa. Me acordé de una película de muchos años atrás, de la graciosa quejumbrosidad de su título: *Amantes sin mañana*. Vi de nuevo a los dos en el puente de un transatlántico: él, William Powell, un villano elegante al que espera la silla eléctrica al término de la travesía; Kay Francis, ella, desahuciada por los médicos, que cada noche, para olvidarlo, luce unas pieles más hermosas. Se encuentran, y cada uno de ellos sabe la condena del otro, pero finge ignorarla. Y bailan juntos en un gran salón desierto, y se dicen cosas bajo la luna... ¡Fáciles mis lágrimas de muchacho, altiva y tierna Kay! ¿Quién iba a pensar que podía tocarme a mi vez, a la sombra de los mismos húmedos sauces, bailar una misma danza de amor y de muerte, al son de una desfalleciente pianola?